

Un cuerpo más

El olor. Si hay algo de lo que nunca podré olvidarme es el olor a formol. Tratamos en vano de buscar en nuestra memoria sensorial alguna referencia. ¿Vinagre? ¿Laca de uñas? El ambiente es frío, casi podemos sentir el metal de las mesas vacías en la piel. Un cartel de un blanco crudo en la puerta de la sala nos indica su cometido. Entramos y añadimos nuestro silencio al que ya pulula en aquel aire denso.

La sala de disecciones es igual de fría. Unas cuantas mesas metálicas dispuestas sin orden aparente, algunos muebles desgastados, y un cuerpo desnudo. Una mujer de unos cincuenta años, de pelo canoso oculto bajo un tinte rubio, la boca ligeramente abierta, y las uñas con restos de rosa pálido.

Nos acercamos formando un círculo, mientras el profesor de anatomía nos repite las normas básicas: nada de móviles ni de cámaras; en las manos, sólo un cuaderno y un bolígrafo para tomar apuntes. Mis ojos repasan los contornos de aquel rostro, de esos labios que un día pronunciaron el guion improvisado de su historia personal. Las palabras del profesor van tejiendo un telón de fondo, al que no dirijo demasiada atención. Respeto, privacidad, café. ¿Café? Esta palabra me arranca del ensimismamiento en el que me encuentro para seguir su discurso. Al parecer, tomaron café el día en que ella decidió materializar su deseo de regalar su cuerpo a la ciencia. Entonces, mis ojos vuelven al rostro del cadáver, e imagino la conversación en la que ella acepta que su desnudez, ya desprovista de todo pudor, un día sería exhibida ante un grupo de novatos que construyen su futuro, mientras ella sólo tendrá pasado.

De no ser por el contexto, podría parecer una mujer sumida en un plácido sueño. ¿Soñaría en su última noche de vida? ¿Sabría que era la última? Una puerta chirría en un rincón de la sala. El profesor saca del armario el material de disección. El silencio reina, salvo algún cuchicheo pueril que delata una adultez con vestigios de adolescencia. Algunas miradas se clavan en el sexo glabro de aquella mujer, otras repasan lo que aún es un cuerpo intacto. En mi pecho, asisto a su despedida.

El estruendo que desata la sierra al contactar con la piel, provoca entre nosotros gestos de desagrado y desvíos de mirada. Tras la capa de la piel, se encuentra el tejido subcutáneo, los músculos pectorales, las costillas y la pleura. El profesor apaga la sierra, la reposa sobre una mesa contigua, y nos invita a acercarnos más.

—Fumadora —nos indica, al señalar los pulmones de un tono grisáceo—. Esto asusta mucho más que la foto de las cajetillas, ¿eh?

Agradecemos ese amago de humor para relajarnos y disuadir el espanto de asistir al espectáculo atroz del que somos espectadores. Mientras nos explica las particularidades de los pulmones, se dirige a mí para señalarme una de las mesas. Me pide que le acerque un mapa anatómico que nos ha preparado.

Al inclinarme sobre la mesa, llama mi atención una carpeta azul oscuro con bordes dorados, de la que sobresale una hoja lo suficiente para dejarme leer un nombre escrito sobre ella: Inés Cózar Ballesteros.

Por una cuestión de horario, seguiremos con la clase de anatomía la semana que viene. Suficiente para un viernes, para una primera vez. A la salida, comentamos sensaciones. Además de una multitud de nombres anatómicos,

hemos aprendido la simpleza de la muerte. En esos pulmones aún debe de haber huella de la exaltación de su primer beso, de las veces que sopló las velas y, sin duda, de cada calada de su cigarro.

Me despido de mis compañeros y me refugio en un rincón con mi teléfono móvil. Saco la aplicación de notas para apuntar el nombre que he leído, pero decido escribirlo directamente en el buscador. Maldita tecnología, al servicio tanto de nuestros deseos como de nuestros temores.

Bingo. La primera imagen que veo es la de una playa de aguas de un celeste inverosímil, ante la que posa una mujer con una melena rubia a la altura de los hombros. No puedo evitar profundizar en la galería de fotos, para comprobar, atónita, que es ella, la mujer gracias a cuyo cuerpo he aprendido hoy que el pulmón derecho tiene un lóbulo más. Mi corazón parece querer escapar de mi caja torácica cuando abro su perfil de una red social, y siento que estoy trascendiendo los límites del respeto y la privacidad a los que tanto ha hecho referencia el profesor. En el fondo, lo estoy haciendo.

Compruebo con sorpresa que tenía los ojos azules. Reviso una a una sus publicaciones, aunque ninguna es reciente. Hace algo más de tres meses, compartió una foto antigua en la que sostenía a un niño entre sus brazos. En otra, se le ve feliz exhibiendo una bandeja de dulces coloridos, con delantal y gorro blanco. ¿De qué murió? ¿Por qué tan joven? Estas y otras preguntas se van forjando en mi mente de forma inevitable. Por la información compartida, deduzco que trabajaba en un obrador de pan, y que colaboraba con la recaudación de fondo para la lucha contra el cáncer. En esos momentos, se me viene a la memoria el color cenizo de sus pulmones. ¿Sería el cáncer el motivo

de su muerte? ¿Se puede donar un cuerpo enfermo a la ciencia? Es evidente que sí.

Debo reconocer que los siguientes días tras la clase de anatomía, me sumerjo de lleno en un proceso de introspección y reflexión como nunca había experimentado. Lo que diferencia mi cuerpo del de Inés es un impulso incierto llamado vida.

En la siguiente clase, el cuerpo de Inés nos recibe en el mismo aire denso y frío de la semana anterior. El profesor comienza transmitiendo unas nociones básicas antes de empezar. Estos nombres los conozco: aurículas, ventrículos, sístole y diástole. Mis compañeros y yo formamos un círculo alrededor de la mesa, y quedo a la altura de la cadera del cuerpo inerte. Reconozco un tatuaje en su antebrazo. Lo vi en la foto de Menorca; quizá, pienso, se lo hizo en ese mismo viaje, como un recuerdo indeleble. Me llama la atención su muñeca. Descubro dos tatuajes más: una caracola y «Oliver» en letra cursiva junto a una fecha. ¿Su pareja? ¿Un hermano? ¿Un hijo? Cuántos momentos, nombres y respuestas habrá almacenados en ese corazón que hoy nos sirve de modelo.

El nombre de Oliver me acompaña el resto del día. En clase de bioquímica, mi móvil vibra: una notificación. Me recorre una corriente polar cuando veo que procede del perfil de Inés. De repente, me siento en una película de terror. Me lo merezco, pienso, por meterme en asuntos ajenos. En un gesto discreto para no llamar la atención de la profesora, coloco el móvil sobre mi muslo para averiguar de qué se trata, pero en ese momento me señala para hacerme una pregunta.

En cuanto tengo la ocasión, me escapo al aseo con el móvil en el bolsillo del pantalón. Para mi alivio, compruebo que es un comentario sobre una foto de

Inés, en la que aparece junto a un hombre y un niño vestido con pijama de hospital. El comentario reza: «Os echo de menos». Sin pretenderlo, voy encajando las piezas de un puzle que debería ser objeto de mi completo desconocimiento.

Una segunda notificación hace vibrar mi teléfono. Esta vez, un correo electrónico con asunto «Disección. Participación voluntaria». El profesor de anatomía nos invita a presenciar una disección completa para el estudio de los órganos profundos y del aparato reproductor.

A pesar de la duda inicial, asisto a la hora indicada, junto con algunos compañeros; otros, han preferido estudiar en la biblioteca. Sobre la mesa metálica yace un cuerpo, pero no es el de Inés. Pertenece a un hombre algo mayor, de piel oscura y rígida a simple vista. El olor a formol es más intenso que de costumbre; debe de llevar más tiempo aquí.

En otra mesa, un cuerpo tapado con una sábana aguarda para ser el siguiente. Una mano sobresale, con los dedos en ligera flexión. Reconozco el tatuaje en la muñeca. Probablemente, con esa mano cogió la taza de café el día que decidió que donar su cuerpo a la ciencia sería otra forma de perpetuar su lucha por el pequeño Oliver. Pero eso sólo lo sé yo. Para el resto es sólo un cuerpo. Sin nombre, es un cuerpo más.

Maga